



OBISPO DE CARTAGENA

La fuerza renovadora del Espíritu

Solemnidad de Pentecostés. A. 2020

Mucho ánimo a todos los hermanos que participamos de la misma fe y hemos recibido la fuerza del Espíritu Santo en el Bautismo. El Señor vuelve a salir a nuestro encuentro pidiéndonos que abramos nuestras vidas a la luz del Evangelio. La misma vida cristiana es por naturaleza apostolado, nadie es espectador, todos somos actores de un programa de salvación trazado por Dios desde el mismo momento de la creación. El Padre nos llama a trabajar en su viña, en el mundo entero, porque este debe ser renovado y transformado, según los designios de Dios. El Espíritu nos da la confianza, nos hace salir a la calle y proclamar la libertad de los hijos de Dios, como profetas y heraldos de buenas nuevas. El Espíritu, el dulce huésped del alma, nos regala sus dones que animan y fortalecen con el coraje necesario para la tarea evangelizadora.

Todos los fieles cristianos formamos una gran familia, cada uno hemos recibido una misión, con la invitación especial del Señor para el anuncio, la oración y la caridad. Los laicos no sois miembros pasivos en la Iglesia, esto lo sabe todo el mundo, vosotros estáis llamados a dar testimonio del amor de Cristo y a dar respuesta de la esperanza que hay en nosotros (cfr 1Pe 3,15). En el Congreso Nacional de Laicos, que pudimos vivir recientemente, escuchamos la voz de Dios que nos alentó a salir a la calle para ayudar a todos a despertar a la fe, a descubrir o a redescubrir a Cristo, como centro de nuestra vida. De allí salisteis con una ilusión tan grande que no podemos olvidar la importancia de proponer la fe con un anuncio nuevo, ilusionante y esperanzador; en segundo lugar, es necesario participar en las actividades y en la vida de una sociedad en búsqueda de la verdad, pues con más razón hay que estar presentes ahora y participar en la vida pública, porque conocemos al que es la Verdad y la Vida. También sabéis el trabajo que cuesta la fidelidad, el saber permanecer en la fe, los miedos y temores que nos acechan, por todo esto es importante acompañar a los hermanos en el camino de la fe, que puedan madurar y crecer. Y como nadie nace enseñado, hay que prepararse siempre, actualizarse con procesos formativos que nos ayudan a fortalecer las razones de la fe.

Conviene recordar que el campo de vuestro apostolado y la vía de vuestra santidad está en la vida cotidiana, en el corazón de la sociedad, como fermento, como levadura. Precisamente en los movimientos de apostolado seglar se recibe la fuerza para que se descubra la importancia de un apostolado asociado, porque los frutos de un trabajo colectivo son siempre más eficaces. Pensad lo necesario que es en este momento vivir la fraternidad, la ayuda entre hermanos, en comunión, cuando vemos lo compleja que es nuestra sociedad, con las numerosas dificultades que se plantean al creyente, en los temas al derecho a la vida, a la educación cristiana, a la libertad, al derecho al trabajo... Esta fuerza viene precisamente de la voluntad misma de Jesús, cuando en el Evangelio de san Juan nos dice que todos seamos uno (Jn 17,21).

Queridos hermanos laicos, pido en este día de Pentecostés por todos vosotros y me alegra saber que sois muchos los que estáis trabajando en la viña del Señor, como discípulos, como hijos de la Iglesia; conozco vuestras inquietudes y sensibilidad espiritual, tanto si trabajáis en silencio, como cuando estáis en la brecha sirviendo a los más necesitados y os animo a seguir adelante sin que os pueda el desánimo, fuertemente agarrados al Espíritu. Continúa promoviendo la dignidad de la persona; el respeto inviolable al derecho a la vida; la libertad para invocar el nombre del Señor; la defensa de la familia; la caridad como el alma de toda solidaridad; la defensa de la persona en el centro de la vida económica y social; la evangelización de la cultura, etc. Pero una cosa no se nos puede olvidar para este tiempo de después de la pandemia, que ante las necesidades hay que estar alerta, para que a nadie le falte el pan, el trabajo y la dignidad. También hay que estar vigilantes, para no perder el ritmo de la fe y mantenernos firmes en el Señor.

La cantidad de voluntarios que han salido al encuentro de los necesitados en este tiempo es el signo más grande de esperanza que tiene esta sociedad y es de resaltar, que la razón última de estos heroicos esfuerzos ha sido por la fuerza del Espíritu que nos lleva a la fuente del amor, a Cristo. El que tiene el Espíritu del Señor tiene un poder que le supera, una fuerza positiva capaz de crear, de consolar al que sufre; el que tiene el Espíritu del Señor hace milagros: puede vendar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, liberar a los prisioneros; su tarea se centra en anunciar el tiempo de la gracia... Así se explica que san Pedro insista en que no cerremos la puerta de nuestro ser a Dios, porque nos espera el gozo y la alegría.

Pido al Señor que aceptéis la fuerza que el Espíritu os regala para ser apóstoles de este siglo. Ofreced la verdad del Evangelio como un tesoro al alcance de todas las manos, como una fuerza renovadora que llama a todos los hombres, a la humanidad entera, a la fuente de la vida, que es Jesucristo.

Que Dios os bendiga, hermanos.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena